
KDAVR X



'Cause I'm T.N.T., I'm dynamite

«T.N.T.»

AC/DC





I

¡BUM!

Aquella tarde fue una como cualquier otra. Llegaba mucha gente a la librería. Algunas personas pasaban apuradas buscando un título en particular, mientras que otras, más indecisas, preguntaban sobre diferentes autores. También estaban los que creían que las palabras del librero eran sagradas y asentían a todo lo que les recomendara, como fieles autómatas. Otras, por el contrario, refutaban las sugerencias. Fue el caso de la señora que atendió Tomás la tarde del día que cambió su vida.

—Si buscás una buena novela... podrías probar con esta —le dijo. La mujer miró el título extrañada.

—*El idiota* —dijo—, de Fiódor...

—Dostoyevski —terminó él.

La señora frunció el entrecejo, lo hojeó rápidamente y luego se lo devolvió de mala gana.

—¿No pensarás que voy a leerme este libro tan largo? Tendría que estar loca. Encima con ese título... Además... ¿de cuándo es esta novela?

—Del siglo XIX. ¡Es un clásico de la literatura universal!





Micaela, una de las vendedoras, que escuchaba la conversación, se rio por lo bajo. Ella acomodaba algunos libros nuevos que habían llegado ese mismo día.

—¡Mah!, ¡es un libro súper viejo! —espetó la señora—. Algo más liviano busco, para pasar el rato. Me voy a morir leyendo eso. Me voy a morir de vieja y del aburrimiento...

Tomás volvió a dejar el libro en su lugar. Estaba fastidiado, porque ya era la cuarta persona que atendía y que le cuestionaba sus sugerencias. Antes, un chico le había pedido que le recomendara un libro de terror. Él le había alcanzado *La casa infernal*, de Richard Matheson, pero entonces el chico se había reído, como si considerara esa obra algo liviano.

También le había tocado atender a un viejo sordo. Le había hecho repetir los títulos más de cinco veces. Y luego, a un hombre prepotente y malhumorado. Este tipo de personas aparecían cada tanto, y Tomás se tomaba muy a pecho cada uno de estos casos. Los que los disfrutaban eran sus compañeros, Micaela y Dante. Se divertían mucho porque siempre le tocaba a él atender a esas personas extrañas. A ellos, en cambio, las ventas se les daban muy bien. Los clientes salían satisfechos cuando les pedían alguna sugerencia y a veces, incluso, esos lectores volvían a la librería para agradecerles y hasta alguno que otro les llevó alguna vez un regalo. Nunca les tocaban personas tan despreciables como aquella señora.

—No, no, no. Nada de rusos —dijo ella.

—¿Qué busca en particular?

—Un clásico, pero más corto.

Tomás volvió a elegir con la vista entre diversos títulos. No vio que Micaela se seguía descostillando de la risa.





—¿Qué le parece este? —Le pasó *El gran Gatsby*, de Francis Scott Fitzgerald.

Nuevamente la mujer lo tomó con cierto desprecio, como si lo que estuviera recomendando Tomás fuera pura basura.

—Este es de la película donde trabaja el rubiecito, ¿cierto? El de *Titanic*.

—Sí. Leonardo DiCaprio.

—Ese. —La señora le devolvió el libro—. Me aburrí. No pude pasar la media hora.

—Pero el libro es otra cosa...

—No me interesa.

Tomás se guardó nuevamente sus comentarios. Volvió a dejar el libro en el estante. Lo que más le molestaba era la forma tan despectiva de suponer que un autor no le iba a gustar, solo por sus prejuicios. Ella ni siquiera se tomaba la molestia de leer brevemente de qué iba ninguna historia.

En ese momento intervino Micaela.

—Disculpen que me meta... —dijo ella—, pero quizás lo que está buscando la señora es un autor nacional. ¿Puede ser? ¿Qué le parece este?

Micaela le alcanzó *La invención de Morel*, de Bioy Casares. La mujer abrió los ojos contenta.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Quería leer este libro desde hace mucho tiempo!

Tomás la miraba incrédulo. «¡Si se lo hubiera recomendado yo, me lo habría rechazado!», pensó.

—Muchas gracias, linda —dijo la señora. Se fue con el libro a la caja, en donde estaba Dante, quien también observaba divertido la situación.





Micaela miró a Tomás con una sonrisa en el rostro. Luego sacó el dedo índice y con la otra mano formó un círculo.

—Uno a cero —le susurró.

—Tuviste suerte. Nada más.

Micaela le tiró un beso en broma. Luego siguió acomodando más libros mientras se reía por lo bajo. Tomás no le dio importancia y se quedó mirando a la señora, que pagaba el libro. No se lo terminaba de creer. Pero quizás no era suerte. Comenzaba a pensar que probablemente hubiera personas más capacitadas para saber lo que necesitaba el otro. Él no tenía esa habilidad, era uno más del promedio.

Lo que más le gustaba de su trabajo era la tranquilidad. Cada mañana, al cruzar la puerta, se sumergía en otro mundo, donde podía abrir un montón de universos en el momento que se le diera la gana. Solo tenía que agarrar un libro, cualquiera fuera, y leer el fragmento que quisiera. No se metía en la historia como si se sentara a leerlo, pero de todos modos recreaba una imagen mental y se contaba la historia para sus adentros. Se imaginaba el antes y el después. Podía pasarse horas pensando en eso.

Si la frase que leía impactaba demasiado en él, tal vez ese libro volvía con él a su casa.

Micaela tenía cuatro años más y era muy inteligente. Sabía muchísimo de literatura, de películas, de música... de cultura general. Parecía saberlo todo. Sin embargo, ella hubiese preferido estar en otro lado que no fuese la librería. Pocos años atrás había estudiado Grafología, pero había abandonado a mitad de camino. Decía que lo retomaría al año siguiente. Tenía veinticuatro años cuando conoció a Tomás, y a los veintisiete, luego de tres años trabajando juntos, lo seguía diciendo.





Dante era de los que siempre estaban atentos a todo tipo de novedades tecnológicas. Todos los meses ahorraba su sueldo para comprarse el último celular del mercado, televisores, *gadgets*... lo que saliera, él siempre estaba al pie del cañón. Y si no podía comprárselo, de todos modos se encargaba de promocionarlo. Dante enumeraba todas sus características como si fuera un catálogo. Tomás pensaba que le habría ido muy bien en algún local de electrodomésticos, porque todo lo que debía aprender sobre lo nuevo y lo que estaba por salir, él ya lo estudiaba en su casa.

Micaela y Dante se divertían molestando a Tomás. En la librería este tipo de situaciones les eran cotidianas, pero fuera de ese ámbito se habían hecho muy amigos. A veces salían juntos a tomar unas cervezas o se juntaban en la casa de alguno y veían dos o tres películas seguidas. En algo coincidían los tres, y es que compartían el amor por el cine, principalmente por las películas viejas. En sus últimas juntadas, habían visto varias películas icónicas de la *nouvelle vague*. Habían empezado por *Sin aliento*. Luego, otro día, vieron *El año pasado en Marieband*.

Tomás y Micaela ya no querían seguir con ese ciclo de películas, pero Dante los convenció de ver algunas más. Se habían vuelto a reunir la noche anterior a ver *Los 400 golpes*.

—*Nouvelle vague*... —decía Dante—, ¿alguna vez existió un movimiento mejor que ese?

—A mí siempre me gustó más el cine clásico —dijo Micaela.

—Esto es distinto. Es como si los directores nos pintaran su propia historia. Además, la época... una belleza.

—A veces se ponen aburridas.





—Comparto lo que dice Mica —dijo Tomás—, y creo que en esa época no sería tan distinto de ahora. Tendría que seguir yendo a trabajar todos los días y soportar la misma clase de gente hinchahuevos. Esa nunca cambia.

Dante se rio. Eran las tres de la madrugada. Que se hubieran mantenido despiertos era una suerte. Esa noche estaban acurrucados en un sillón de dos cuerpos que había en la casa de Dante, frente a una gigantesca pantalla de 60 pulgadas.

—Ustedes no saben apreciar el buen cine —dijo Dante—. Esto es arte.

—Arte es cerrar los ojos y dormir —dijo Micaela. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Tomás.

—Podríamos poner otra —sugirió Dante—. Les dejo elegir la película...

Tomás bostezó largamente.

—Comparto lo que dice Mica —repitió—. Otro día. Quizás es mejor que me vuelva a casa, que mañana tenemos que trabajar. No creo que vaya a dormir mucho, pero planeo descansar un rato al menos.

Dante apagó su Smart TV.

—Ustedes son unos aburridos —dijo.

Al día siguiente —el día en que la señora no se contentaba con las sugerencias de Tomás— ninguno de los tres sentía esa falta de sueño: estaban muy lúcidos. Y, sin embargo, tuvieron que preguntarse si lo que ocurrió media hora después de que se hubiera ido la señora fue un sueño.





Comenzó cuando Dante vio a una colorada frente a la sección de Psicología. Ella apenas levantaba la vista hacia los libros. Estaba más preocupada por mirar su celular. Incluso posaba y se sacaba fotos. Tomás no le prestó atención, pero sí pudo ver que su amigo Dante tenía la vista fija en ella. Al poco tiempo se acercó a él y le susurró al oído: «¡Es un iPhone 14 Pro Max! Vale una fortuna». Tomás no le dio importancia. Le llamó más la atención algo que no pudo entender. Era la primera vez que observaba a una persona y se sentía vacío. Era como si detrás de su rostro inexpresivo no hubiera nada. Como si ya fuera parte de otro mundo, o hubiera perdido la voluntad de vivir.

La chica tenía puesto un buzo negro tipo canguro con letras japonesas blancas en una de las mangas y un dibujo de Mikasa, de la serie de animé *Attack on Titan*, en el centro. Llevaba el pelo recogido y alrededor del cuello tenía auriculares negros.

—¿Por qué se saca tantas fotos? —preguntó Tomás.

—Para no hacerlo, con semejante celular —le respondió su amigo.

La colorada caminó por la librería escribiendo en su aparato. Luego levantó la vista y se fijó en Tomás; alzó la cabeza y le pidió con la mano que se acercara a ella. Tomás, aunque con dudas, se acercó.

—¿Qué necesitas...? —le preguntó.

En vez de contestarle, ella rápidamente lo abrazó y se sacó una *selfie* con él. No le dio tiempo ni siquiera a ver la cámara y sonreír.

—Gracias. Es para mis seguidores —le dijo ella.

La chica volvió a su celular y luego salió de la librería. Tomás la observó perplejo. Definitivamente tenía algunos años menos que él. Quizás cerca de veinte. Pero jamás había visto un comportamiento tan superficial.





—Hay gente para todo —dijo Dante y le dio una palmada en la espalda a su amigo.

Tomás no se olvidó de ella. ¿Por qué lo había elegido a él para sacarse esa foto? ¿En qué red social se habría difundido? ¿Instagram? ¿BeReal? Quizás esa chica tenía cientos, miles de seguidores. Probablemente, una incontable cantidad de personas ya lo habían visto. Incluso podrían haber comentado acerca de su aspecto físico. Lo había agarrado de improviso.

Esa noche le tocaba a Micaela hacer el cierre. Dante y Tomás habían hecho el turno de 10 a 18 hs, que era el más temprano.

—Descansá —le dijo Tomás a su amiga cuando se iba.

—Quizás me vea otra película más antes de dormir. Alguna de la *nouvelle vague*... —Dante la miró sin gracia—. Es un chiste. Ustedes también, descansen.

Tomás y Dante vivían en Saavedra, a cinco cuadras uno del otro. Tomás tenía auto, pero por lo general viajaba en colectivo para ir al trabajo. Cuando entraban o salían a la misma hora, solían compartir el viaje.

Pero su destino no fue ir a sus casas. Dante sugirió pasar a tomar unas cervezas antes. Tomaron el 67 hasta Balbín y Juana Azurduy, y caminaron hasta una cervecería en Manuela Pedraza y Tronador. Allí se quedaron a conversar hasta cerca de la medianoche, pero Tomás estuvo bastante apagado. Fue Dante quien habló sin parar. Se había tomado cuatro pintas y Tomás estaba terminando la segunda cuando abandonaron el lugar.

Caminaron en dirección a la vía. La cruzaron y fueron caminando por el parque lineal paralelo a la avenida Donado. A pesar de ser una calle muy transitada, esa noche estaba silenciosa. Ya era bastante





tarde, y sumado al hecho de que era un día de semana, más allá de los autos que cada tanto pasaban, no se veía un alma.

—¿En qué pensás? —le preguntó Dante a su amigo.

Desde que salieron de la librería, Tomás había hablado poco. Estaba sumido en sus pensamientos.

—En nada.

—Seguro que te molestó esa señora.

—¿Qué señora?

—A la que le recomendaste el libro de Gatsby.

Tomás no le había dado importancia. De hecho, ya se había olvidado de esa mujer, pero seguía pensando en la colorada.

—¿Es una clienta? —preguntó Tomás.

—¿Quién? ¿La señora? La verdad que nunca la vi. Seguro es una vieja que justo pasó por ahí y quería romper las bolas.

—No. No esa señora. La colorada que se sacaba fotos.

—¡Ah! Era eso lo que te tenía tan preocupado. Te quedaste pensando en ella. Es mucho más chica. ¿No te habrá gustado, cierto? —le preguntó Dante.

—No, pero tenía algo raro. Me dejó con una sensación extraña.

—¿Tanto?

—Sí, no sé por qué.

—Yo le vi cara conocida. Tal vez sea una *influencer*...

Dante no terminó la frase.

—Bueno... —dijo—. Creo que hoy es tu día de suerte.

Vieron a la chica colorada. Estaba sentada en uno de los bancos del parque. Tecleaba rápidamente en su teléfono, como si estuviese escribiendo algo. Tomás volvió a sentirse confundido. Era la misma





sensación de antes: le faltaba vida en sus ojos, no veía signo de alguna emoción en su rostro.

No había nadie cerca. Ni siquiera algún que otro corredor nocturno de los que frecuentaban la plazoleta. Solo ella sentada en el banco y Tomás y Dante acercándose por el sendero.

La chica los vio y les hizo señas. Tomás no quería ir, pero su amigo no lo dudó.

—Ustedes son los vendedores de la librería —dijo la colorada.

—Los mismos. ¿Cómo nos reconociste? —preguntó Dante—. Causamos una buena impresión, pero...

—Lo reconocí a él —dijo señalándolo a Tomás—. Nos sacamos una foto.

Tomás se puso colorado.

—¡Claro! —dijo Dante—. Y ahora vas a invitar a mi amigo a tomar algo, ¿cierto? Justo venimos de tomar unas birras... pero quizás haya lugar para un trago más. ¿Qué decís? —Dante miró a Tomás y le guiñó un ojo. Su amigo le apartó la mirada.

—Estoy cansado. Quizás otro día —dijo Tomás.

La colorada no le dio importancia. No tenía intención de ir con ellos a tomar nada. En lugar de eso, se levantó del banco y le extendió su celular a Dante.

—¿Qué pasa? ¿Me lo regalás?

Ella lo miraba seria, con el cuerpo estático.

—Es para que me grabes —dijo.

Dante tomó el celular. Estaba deseando tocarlo desde que lo había visto en la librería. Era la primera vez que tenía ese modelo de iPhone en la mano.

—Esperá —dijo ella. Se lo arrebató de las manos.





—¿Qué pasa?—preguntó Dante.

La colorada abrió una aplicación en el teléfono y luego se lo volvió a entregar. Había activado una cámara, pero en lugar del círculo clásico que indica que tomaría una foto o grabaría un video había una calavera.

—¿Vos tenés celular?—le preguntó a Tomás.

—Sí.

—Quiero que reproduzcas un tema. *Da Ya Think I'm Sexy*.

Tomás la miró dubitativo. Después sacó su celular, abrió Spotify, tipeó «do you think i'm sexy» y apareció el tema de Rod Stewart.

—Cuando yo te diga, poné play y subilo al máximo. Voy a bailarlo mientras tu amigo me graba.

Tomás hizo lo que la colorada le pidió y Dante asintió torpemente con la cabeza.

—Cuando te diga, empezá a grabar—dijo ella.

—Bueno. No conozco esta aplicación...

—No importa. Es igual que todas. Vos apretá en la calavera y grabame.

La colorada se desató el pelo, se paró recta, tomó aire y distendió su cuerpo. Tomás la miraba desconcertado. Se sentía inquieto. Miró a su alrededor para ver si veía pasar a alguien. No había nadie.

En ese momento, el tiempo parecía haberse detenido. Había un silencio absoluto, solo interrumpido por una brisa que hizo volar los cabellos rojos de la colorada, como el retrato de una venus caótica y *centennial*. Sus ojos muertos se abrieron de golpe, ya sin el mismo brillo de antes, y miraron a Tomás.

—¡Ya!—dijo la colorada.





Dante activó la cámara y Tomás, la canción. En ese momento el contorno de la pantalla se puso en rojo. Aparecieron pequeños iconitos de personas que se iban uniendo. Todos tenían apodos extraños: *Mati666*, *StrangeKiller*, *DeathKnight*... Era como el vivo de una aplicación, solo que ostentaba un estilo oscurantista.

—Definitivamente no conozco esta aplicación... —dijo Dante.

La colorada miró a la cámara y comenzó a bailar enérgicamente. No apartaba la vista del lente mientras hacía un paso locuaz y muy enérgico. Era muy buena bailarina. La cantidad de espectadores iba en aumento. El número estaba por encima de los quinientos mil. Fue entonces cuando la colorada se llevó una mano al bolsillo de su buzo y sacó una pistola. La movía a los lados al ritmo de la música.

—¡No dejen de grabar! ¡Se viene lo mejor!

Mientras que la voz de Rod Stewart cantaba *If you want my body and you think I'm sexy, come on, sugar, let me know*, Dante se echó hacia atrás con la cámara. Pero ella lo apuntó con el arma y le dijo muy suavemente y aún bailando al ritmo de la música:

—No dejes de grabar. Si no, los voy a tener que matar a los dos. No me obligues a hacer eso... —Sonrió por primera vez.

Ninguno de los dos tuvo intención de contradecirla. Se quedaron estáticos, observando la situación mientras el número de espectadores iba en aumento, al igual que los comentarios, que no dejaban de abarrotar la pantalla y contenían palabras terribles que apenas alcanzaban a leerse a medida que se multiplicaban.

La colorada apuntaba a uno y al otro con el arma.

—¿Qué sugieren mis seguidores? ¿Qué quieren que haga?





Dante abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Solamente pudo dar dos pasos hacia atrás antes de que ella se acercara rápidamente y les pusiera el arma a escasos centímetros de su cabeza.

—¡Te dije que no te muevas! —le gritó.

Tomás pudo ver de reojo que a su amigo le temblaban las manos.

—Está bien, está bien, ¡pero dejá de apuntarme!

La colorada bajó el arma lentamente hasta el pecho de Dante. Siguió recorriendo su cuerpo con ella como si fuera una caricia. Luego le habló a la cámara del celular.

—¿Qué hago, chicos? La decisión es suya. —Sacó la lengua y la pasó por sus labios. Se rio con una risa chillona; por su cara de demente, se parecía a Helena Bonhan Carter encarnando a Bellatrix Lestrange en versión *vintage* y *Otaku*.

—¿Tal vez un disparo en un ojo? —dijo, y apuntó al ojo derecho de Dante—. ¿Te dejaría un hueco en el cerebro?

Los mensajes que decían que disparara colapsaron la pantalla. Tomás pudo ver que a su amigo casi se le cae el celular al suelo.

—Pero todavía no —dijo—. No perdamos la diversión. ¡Aún no terminó la canción!

Volvió a moverse al ritmo de la música y a cantar la canción. Sin embargo, el arma no dejaba de apuntarlos a ellos, y por momentos parecía que no era capaz de controlar sus manos. Tomás temía que se le escapara un tiro en cualquier momento.

—¿O mejor me mato yo? —dijo—. ¿Les gustaría?

Ninguno de los dos le respondió. Estaban en shock. No sabían qué esperar.



UN ASUNTO DE MUERTE

La música disco fue apagándose lentamente. Los dos chicos la miraban aterrados. No tenían claro qué hacer, pero ella parecía tener la situación completamente controlada.

—Fue divertido —dijo sonriente. Se llevó el arma a la sien—. ¡Bum! —dijo luego, y disparó.